



2006

Lastarria, Bello y Sarmiento en 1844: Genocidio, historiografía y proyecto nacional

Alvaro Kaempfer
Gettysburg College

Follow this and additional works at: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac>

 Part of the [Latin American History Commons](#), [Latin American Languages and Societies Commons](#), and the [Latin American Studies Commons](#)

Share feedback about the accessibility of this item.

Kaempfer, Alvaro. "Lastarria, Bello y Sarmiento en 1844: Genocidio, historiografía y proyecto nacional." *Revista de crítica literaria latinoamericana* 32.63-64 (2006) 9-24.

This is the publisher's version of the work. This publication appears in Gettysburg College's institutional repository by permission of the copyright owner for personal use, not for redistribution. Cupola permanent link: <https://cupola.gettysburg.edu/lasfac/10>

This open access article is brought to you by The Cupola: Scholarship at Gettysburg College. It has been accepted for inclusion by an authorized administrator of The Cupola. For more information, please contact cupola@gettysburg.edu.

Lastarria, Bello y Sarmiento en 1844: Genocidio, historiografía y proyecto nacional

Abstract

En la Memoria histórica que presentó a la Universidad de Chile en 1844, José Victorino Lastarria sostuvo que el proceso de independencia nacional había respondido a una voluntad de emancipación nacida con la resistencia indígena al colonialismo hispano. La independencia, aseguró, fue la victoria sobre un orden que "se apoyaba (...) en las costumbres i marchaba con ellas en íntima unidad i perfecta armonía" (122-3). Ese orden era muy diferente a la "manera de vivir profundamente democrática" de las trece colonias británicas, con "costumbres industriales, intereses mercantiles que elaboraban en aquel pueblo desde mucho tiempo atrás un elemento poderoso de independencia" (123). Cuando esas costumbres e intereses entraron "en conflicto con los de la metrópoli, se rompió bruscamente el vínculo debilitado que a ello los unía, i apareció una república omnipotente" (123). Sin embargo, la madurez que observaba en la experiencia colonial británica no había tenido cabida ni fue parte del diseño colonial hispano. De hecho, afirmó Lastarria, en Hispanoamérica "[c]ayó el despotismo de los reyes, i quedó en pie i con todo su vigor el despotismo del pasado" (131). Bajo esta perspectiva, el despotismo no sólo era un rasgo propio del colonialismo hispano sino que su persistencia sobre las sociedades latinoamericanas hacía de su desmontaje el principal desafío postcolonial. Así, Lastarria hurgó en la colonia el origen de una voluntad de emancipación que, nacida con la resistencia indígena, delineaba el horizonte político de una nación en construcción. [*excerpt*]

Keywords

Jose Victorino Lastarria

Disciplines

Latin American History | Latin American Languages and Societies | Latin American Studies

LASTARRIA, BELLO Y SARMIENTO EN 1844: GENOCIDIO, HISTORIOGRAFÍA Y PROYECTO NACIONAL

Álvaro Kaempfer
University of Richmond

En la *Memoria histórica* que presentó a la Universidad de Chile en 1844, José Victorino Lastarria sostuvo que el proceso de independencia nacional había respondido a una voluntad de emancipación nacida con la resistencia indígena al colonialismo hispano. La independencia, aseguró, fue la victoria sobre un orden que “se apoyaba (...) en las costumbres i marchaba con ellas en íntima unidad i perfecta armonía” (122-3). Ese orden era muy diferente a la “manera de vivir profundamente democrática” de las trece colonias británicas, con “costumbres industriales, intereses mercantiles que elaboraban en aquel pueblo desde mucho tiempo atrás un elemento poderoso de independencia” (123). Cuando esas costumbres e intereses entraron “en conflicto con los de la metrópoli, se rompió bruscamente el vínculo debilitado que a ello los unía, i apareció una república omnipotente” (123). Sin embargo, la madurez que observaba en la experiencia colonial británica no había tenido cabida ni fue parte del diseño colonial hispano. De hecho, afirmó Lastarria, en Hispanoamérica “[c]ayó el despotismo de los reyes, i quedó en pié i con todo su vigor el despotismo del pasado” (131). Bajo esta perspectiva, el despotismo no sólo era un rasgo propio del colonialismo hispano sino que su persistencia sobre las sociedades latinoamericanas hacía de su desmontaje el principal desafío postcolonial. Así, Lastarria hurgó en la colonia el origen de una voluntad de emancipación que, nacida con la resistencia indígena, delineaba el horizonte político de una nación en construcción.

El vínculo entre emancipación y soberanía ordenó la mirada a la historiografía y filosofía de la historia planteada por Lastarria en su presentación ante la Universidad de Chile (Fuchslocher Arancibia 64). Su afirmación central era que el peso de la colonia, obsesión liberal decimonónica según Antonio Cornejo Polar, era lo que aún impedía la plena realización del proyecto nacional (22-3). La ecuación con la que trazaba ese juicio apelaba a un persistente juego de intereses y costumbres, según notó Alfredo Jocelyn-Holt

(1985: 219). Tras la independencia, reitera una y otra vez Lastarria, Chile seguía atrapado entre “la istoria de una época pasada que puede el filósofo someter sin gran dificultad a sus investigaciones, i la de una época nueva que tocamos i nos pertenece porque es la presente” (14). El tránsito de un tiempo que se podía racionalizar para asegurar el ingreso a otro que apenas se tocaba, caracterizaba la reflexión histórica post-colonial y las tareas pendientes esbozaban su horizonte. El futuro era legible sobre un pasado abierto bajo una transición en curso articulada históricamente por una misma y persistente voluntad de emancipación. En su recuento, emancipación y soberanía emergen unidas a un destino, dicho en términos de Ernesto Laclau, universal (13). Así, tras el llamado a tomar por asalto una época que “nos pertenece porque es la presente”, Lastarria fundía la voluntad de emancipación legada por la resistencia indígena al desafío abierto por la revolución de independencia para forjar una historia nacional a partir del protagonismo político del presente.

La interpretación histórica de la colonia hecha por Lastarria cuestionó tanto el despotismo hispano como el régimen portaliano apelando a las tareas de construcción nacional y, sobre todo, al imperativo de crear el agente que las asumiera (Meléndez 19). Su análisis de la colonia lo llevó a ver el origen de ese agente, dentro de un proceso que permite ordenar incluso la evaluación de la experiencia colonial, en la resistencia indígena a la conquista española. Este es uno de los aspectos que abordó en una serie de hipótesis cuyo sello provisional enfatizó el título con el que, corregidas y aumentadas, publicó luego como *Investigaciones*. Allí, Lastarria afirmó que, a pesar de haber sido sepultados por un orden erigido sobre los escombros de su resistencia, los *araucanos* legaron una voluntad de redención política que nutría el discurso de emancipación nacional. Si bien esta visión fue rechazada por Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento, todos coincidían en la incompatibilidad existente entre proyecto nacional y población indígena. La discusión surgida en 1844 no condujo a la decisión de impulsar un exterminio, intención que definiría la noción de genocidio, según Ernesto Verdeja, pero plantea el problema de su racionalización al interior de un proyecto nacional (38). En tal sentido, si una diferencia entre el genocidio colonial y el moderno es la integración o la exclusión del grupo anulado, como sostiene Alison Palmer, el debate sugiere el paso de uno a otro (92). Por lo demás, acota Benjamin Bradley, la discusión sobre tierras vacías o la inevitabilidad del exterminio, aspectos incluidos en los intercambios aquí abordados, no hace sino encubrir, aceptar o racionalizar, precisamente, el genocidio (169). El debate entre Lastarria, Sarmiento y Bello es, por tanto, uno de varios episodios ligados a la factura de un complejo consenso político, historiográfico y cultural sobre el genocidio indígena en el siglo XIX. Las posturas de estos tres auto-

res unen la historia, el saber histórico y la nación al despliegue político del Estado, y subrayan su ligazón con los desafíos culturales discutidos al interior de la naciente Universidad de Chile.

En una reflexión ya clásica, fundacional, sobre el genocidio, Raphael Lemkin observó dos fases en su implementación: la destrucción de los patrones de organización del grupo oprimido, nacional dice Lemkin, y su reemplazo con los del opresor (80). A mi juicio, este segundo momento hace del genocidio un problema central de la experiencia nacional y postcolonial latinoamericana y, a la vez, permite revisar el periodo colonial. La continuidad de una dinámica de aniquilación que se superpone a la diferenciación de ambos periodos subraya procesos políticos y culturales que no se reducen a la experiencia colonial hispana. En Chile, afirmó Lastarria en su *Memoria*, “el cañón de Chiloé anunció al mundo que estaba terminada la revolución de la independencia política i principiaba la guerra contra el poderoso espíritu que el sistema colonial inspiró a nuestra sociedad” (131). Es decir, el diagnóstico enfatiza una continuidad entre colonialismo y post-colonialismo, tal como lo ha observado, en términos más generales, Roland Greene (424-5). A la vez, hace de las tareas pendientes tras la independencia un rasgo que cruza pensadores decimonónicos tan diversos como Martín Palma y José Martí, a mediados y a fines de siglo, respectivamente (Palma 10, Martí 162). Sin embargo, las opciones emancipadoras frente al peso del legado colonial no resultan claras en una dinámica que integra y desintegra, autoriza y resiste procesos de significación y poder, la Modernidad misma, indica Saurabh Dube (733). Para Lastarria, el proyecto nacional y la escritura historiográfica estaban directamente ligados a estos problemas.

Lastarria consideraba que el despliegue de una voluntad de emancipación capaz de superar el pasado colonial no sólo reconocía propuestas sujetas al liberalismo europeo. Sus orígenes, consideraba, estaban en la resistencia indígena al orden colonial y la meta que ordenaba su recuperación era la posesión soberana y nacional del presente. Entre esos extremos, decía, “[l]a historia de Chile es todavía la de un pueblo nuevo que apenas cuenta tres siglos de una existencia sombría i sin movimiento” (14). El cañón de Chiloé, último bastión español en Chile, no sólo separaba revolución y guerra sino que, sobre todo, disociaba el momento político y el militar en una larga marcha histórica hacia la soberana toma del presente (27). La continuidad la daba, precisamente, esa voluntad de emancipación que habría hallado en la revolución de independencia, insistió Lastarria, “el fundamento de nuestra libertad política i el orígen de una felicidad” (15). Por lo mismo, las claves para comprender aquel proceso estaban en la historia, “oráculo de que Dios se vale para revelar su sabiduría al mundo, para aconsejar a los pueblos i enseñarles a procurarse un porvenir venturoso” (8). En ese saber de Estado, señaló, era legible “[l]a sucesión de causas

i efectos morales, que constituyen el gran código a que el género humano está sometido por su propia naturaleza” (Lastarria 4). Lejos del ángel de la historia visto por Walter Benjamin en una pintura de Klee, empujado de espaldas hacia el futuro por las ráfagas del progreso mientras mira atónito el pasado como una hecatombe (258). Bajo esta perspectiva, Lastarria busca en el pasado la tormenta emancipadora que inaugure el futuro. Es precisamente esta articulación de pasado y presente en función del diseño de un futuro sujeto a los parámetros difusos de su discurso de emancipación lo que primó entonces en su escritura historiográfica.

La lectura que hacía Lastarria del pasado lo llevaba, al mismo tiempo, a establecer los parámetros a partir de los cuales comprender la caracterización de la historia como disciplina al interior de la Universidad de Chile. Subrayaba, en tal sentido, la singularidad de un Nuevo Mundo por cuya brevedad histórica “no necesitamos de la crítica que confronta y rectifica, a fin de separar lo falso de lo verdadero, sino de la que califica i ordena hechos conocidos” (14). Subordinaba la creación de archivos y memorias a una historiografía de redención que esbozara el personaje de una narrativa nacional de emancipación. Entender el pasado, más allá de la precariedad de su archivo, permitía corregir las malformaciones del presente y delinear el agente capaz de rectificarlo. Invitó a leer el futuro en el pasado sobre un relato cuya continuidad estaba dada por una resistencia al colonialismo que forjaba sus propios agentes. Su historicismo radical postulaba una voluntad trascendente que portaba el agente político de un proyecto emancipador y su continuidad nutría una visión histórica que, para Augusto Orrego Luco, lejos de clamar a Providencia tutelar alguna, apeló a una secuencia lógica de eventos (346). Con esa lógica, la *Memoria* llegó al *araucano*, a quien consideró el primer enemigo y la primera víctima del colonialismo hispano. Del *araucano*, “infatigable viajero, ciego amante de su independencia”, Lastarria subrayó su “carácter soberbio, independiente, valeroso, inconstante, disimulado, irritable, poco jovial i siempre tasiturno” (118). Luego, en un cruce de tiempos y analogías, articuló desde la necesidad de precisar los desafíos de la historiografía el agente subalterno de su visión liberal y emancipadora al decir que veía “estos mismo rasgos en todo nuestro pueblo i particularmente en el mestizo” (Lastarria 118). Así, del duelo por el indígena que identificó con el gentilicio acuñado por la colonia, el *araucano*, nació el agente popular, mestizo y subalterno, el *pueblo*, de un relato histórico de emancipación nacional.

Sobre una resistencia indígena cuyas sombras jamás toca pero que intuye bajo el destello emancipador de una visión narrativa que la redime, Lastarria imaginó al mestizo como el agente capaz de desmontar la herencia colonial y protagonizar la historia nacional. Si bien el sistema colonial español había sido instalado sobre

la derrota del *araucano*, el legado despótico del colonialismo pesaba ahora sobre “todo nuestro pueblo” (118). El guiño romántico de Lastarria unió el ocaso de un agente histórico a la aurora de otro que lo recuperaba como su heroica y remota memoria. En esta creación lastarriana del pueblo “como entelequia histórica”, fórmula acuñada por Dieter Janik, romanticismo y liberalismo convergen sin que la noción pueda ser reducida a uno u otro (277). Es un signo de lo que Julio César Jobet caracterizó como el renacimiento liberal bajo el decenio del presidente Manuel Bulnes (70). Sin embargo, el gesto de Lastarria posee una mayor radicalidad. Su *Memoria* de 1844 no sólo afirmó que el pueblo era el único agente capaz de desmontar el colonialismo sino que identificó ese pueblo con el mestizo y lo postuló como el agente soberano de un relato nacional de emancipación (77). Para reafirmar ese nexo, remitió a episodios específicos, como la elección mapuche del toqui Painenancu en 1570, temprana muestra de la aceptación del mestizo al interior de la familia *araucana*, (Lastarria 77). Esta familia étnica, raza, dice la *Memoria*, contracara de la metáfora castiza de la gran familia chilena, se vio “aumentada con la de los mulatos i zambos” (77). Pronto, añade Lastarria, esa raza “se multiplicó tan prodijiosamente, que a fines del siglo pasado formaba la mayoría de la población criolla” (77). En tal sentido, la factura étnica del pueblo ordenaba la población criolla y habría definido taxativamente el mundo popular a mediados del siglo XVIII. El predominio de la lectura liberal que ligó la formación nacional al peso, cohesión y protagonismo de las elites se vio cuestionado por la presunción de otro agente en la narrativa histórica e historiográfica nacional. De hecho, el éxito del proyecto nacional en su enfrentamiento con el legado colonial, sugería Lastarria, habría dependido de un protagonismo mestizo, criollo y subalterno.

Lastarria estaba muy lejos de ser, como indica Raúl Ianes, un “negador absoluto de la Colonia como etapa válida para la conformación de la nueva nacionalidad chilena” (55-6). Alvaro Fernández-Bravo y Javier Lasarte Valcárcel también subrayan el rechazo de Lastarria al legado colonial pero, al hacerlo, confunden la crítica a ese orden con el reconocimiento de la experiencia de resistencia que permitía articularla a un discurso de emancipación delineando, de paso, su agente (Fernández Bravo 143; Lasarte Valcárcel 73). Lastarria fundaba precisamente en la colonia y en la resistencia indígena la voluntad de emancipación que, rescatada por su relato, realizaría históricamente un protagonismo nacional. No todo es continuidad ni ruptura. En el diseño lastarriano, la resistencia indígena lanza una voluntad de emancipación que el momento post-colonial debía asumir como propio para desmontar el colonialismo hispano y dotar de continuidad estratégica su relato histórico. No es que “la otredad [haya] sido absorbida, transformada y replanteada para configurarse como la base opuesta a lo civilizado

que se busca”, como dice Ana Figueroa (220). De hecho, Lastarria no aborda el colonialismo bajo el paradigma binario de civilización y barbarie. Los *araucanos*, muro de contención del colonialismo en la Conquista, eran el origen del protagonismo mestizo y subalterno de una historia nacional. Luego, la derrota indígena hacía posible el duelo por un pasado heroico que trasuntaba en discurso de emancipación frente a la dupla de autoritarismo y el despotismo como herencia colonial. De este modo, Lastarria oponía la sensibilidad popular a un legado hispano que identificó con el “fanatismo, la intolerancia, el disimulo, o mas bien, la hipocresía con que se encubren las emociones mas tiernas del corazon i las opiniones mas justas i lejitimas por temores quiméricos” (118). El mestizo era lo criollo, definía el mundo popular y se oponía a una cultura hegemónica, conservadora y autoritaria, obsesionada con el orden y ligada al hispanismo.

Lastarria planteó transformar esa cultura política e institucional sin dejar de reafirmar la cohesión de una sociedad donde valoraba el “entusiasta amor a la patria, esa feliz docilidad sin abatimiento que siempre han caracterizado nuestra nacionalidad” (119). El amor a la patria que observó en el periodo colonial tardío, sellaba la herderiana cohesión y singularidad de esa comunidad e impediría su fragmentación al transformarse. El análisis hecho por Lastarria y sus conclusiones chocaron con las críticas de Domingo Faustino Sarmiento y de Andrés Bello. Al responderle a Lastarria, Sarmiento, según Enrique Anderson Imbert, adelantó “un prejuicio racial aún más vehemente que el que exteriorizará, cuarenta años más tarde, en *Conflicto y armonía de las razas en América*” (38). Bello, precisó Fernando Campos Harriet, cuestionó el escaso apoyo documental de la *Memoria* así como su fuerte énfasis ideológico (314). Mal que mal, el desafío de Bello era, como anotara Julio Ramos, institucionalizar el saber americano (36). Estas críticas, añade William Katra, ilustran las diversas y a veces opuestas visiones del liberalismo en relación con el debate historiográfico de la década de 1840 en Chile (183). Ese debate ponía en juego, observa Grínor Rojo, “un proceso de identificación cultural chilena y latinoamericana” (157). Para Bernardo Subercaseaux, era sólo la versión criolla de una discusión que dividió la historiografía francesa entre las corrientes historiográficas filosóficas y las empíricas (99). En cualquier caso, el intercambio refuta la presunción de que “la historia haya emergido como una preocupación de los grupos dirigentes latinoamericanos sólo a fines del siglo XIX” (Mendieta Betancourt 86). La discusión histórica de 1844 articula el pasado y el presente en función de los desafíos asumidos por esa elite nacional. Allí, las concesiones de Lastarria a la imaginación eran difíciles de digerir para Bello, quien priorizaba la creación del archivo criollo antes de acometer totalizaciones interpretativas.

Sarmiento, por otra parte, no toleraba que se postulara a los indígenas como el origen del agente de las narrativas nacionales.

Tres años antes de aquel debate de 1844, Sarmiento había caracterizado el proyecto colonial hispano como “una segunda, tercera o cuarta edición de la España” (I: 117). No se refería a ediciones que “corrigen y aumentan” un original sino a “malos grabados cuyas últimas estampas salen cargadas de tinta y apenas inteligibles” (Sarmiento I: 117). Pero, aún cuando el palimpsesto hispano era un tosco original ibérico, degradado aún más en América, Sarmiento no podía tolerar que la resistencia indígena haya querido detener el avance de Occidente y de la historia que, entonces, marchaban sobre las cabalgaduras españolas. En consecuencia, frente al texto de Lastarria rechazó el empeño por darle a “la actual administración chilena” una visión que derivara o ligara la nación a la lucha indígena (Sarmiento II: 215). A esa trama histórica, le opuso la que derivaba el proyecto nacional de la primacía universal de un Occidente cuyo despliegue suponía la extinción de quienes intentasen detenerlo. Para Sarmiento, ya no se discutía la propaganda de la guerra de independencia que, para acumular fuerzas y recursos, necesitó simular, “mintiendo una pretendida fraternidad con los indios” (II: 217). Entonces, sentenció, ese argumento era “excelente como medio revolucionario; pero treinta años después es injusto y poco exacto” (II: 220). Sarmiento fijaba, así, su posición ante la política que, impulsada por Bernardo O’Higgins en 1818, había planteado que mapuches y chilenos tenían un enemigo común e intereses estratégicos capaces de asegurar una permanente y armónica convivencia (O’Higgins 201). Para Sarmiento, esa propaganda de guerra carecía ya de valor porque era inaceptable, reiteró, que “estos hombres salvajes perteneciesen a nuestra historia americana” (II: 217). Así, no sólo expulsaba a los mapuches de esa historia sino que, sobre todo, hacía de la historiografía la escena de una conspiración orientada a prevenir, disolver y aplastar cualquier eventual tentativa indígena por ingresar a ella.

El exterminio indígena llevado a cabo por los estados nacionales, cuyos episodios más conocidos son la *Pacificación de la Araucanía* en Chile y la *Campaña del Desierto* en Argentina, tiene aquí argumentos que forjan un consenso histórico sobre su necesidad. Para Lastarria, los indígenas eran los protagonistas heroicos de una resistencia indígena aniquilada por el colonialismo hispano que el relato histórico nacional recuperaba como el pasado de su protagonista mestizo, popular y subalterno. Sarmiento, por el contrario, creía que los españoles “al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes” (II: 218). Su fórmula “absorbe, destruye, extermina” tenía claro que podía “ser muy injusto exterminar salvajes, sofocar civilizaciones nacientes, con-

quitar pueblos que están en posesión de un terreno privilegiado” (II: 218). Sin embargo, se permitió aclarar de inmediato que, “gracias a esta injusticia la América, en lugar de permanecer abandonada a los salvajes, incapaces de progreso, está ocupada hoy por la raza caucásica, la más perfecta, la más inteligente, la más progresiva de las que pueblan la tierra” (II: 218). En consecuencia, añadió, “no debieran ya nuestros escritores insistir sobre la crueldad de los españoles para con los salvajes de la América, ahora como entonces nuestros enemigos de raza, de color, de tendencias, de civilización” (II: 218). Luego, tras sentenciar que “no hay amalgama posible entre un pueblo salvaje y uno civilizado”, Sarmiento llamó a “apartar de toda cuestión social americana a los salvajes, por quienes sentimos, sin poderlo remediar, una invencible repugnancia” (II: 219-20). Su posición reforzaba una opinión dominante en Santiago y en la sociedad chilena de la que ni siquiera Bello habría estado exento (Romero 475). En ambos, la desaparición de comunidades indígenas era un mecanismo inscrito en la naturaleza humana y sujeto a la marcha de la civilización a cuyo ritmo había apelado el mismo Sarmiento que, un año antes de publicar el *Facundo* y tal como Lastarria, busca “leer el texto oculto de la historia” (Yahni 22). La dimensión disciplinaria aparece ligada no sólo a la caracterización de un relato sujeto a las exigencias de un proyecto nacional sino que ordenado a partir del agente sobre el cual surgen los hechos, sus narrativas y horizontes.

Sarmiento, como Lastarria, explora y concibe una narrativa histórica donde las voluntades en juego responden a códigos culturales y étnicos determinados por la naturaleza. De la naturalización del exterminio indígena se pasa al llamado a acelerar la marcha de la historia. Es difícil creer que el presunto idealismo de Sarmiento, como lo llama David Viñas, se hubiera diluido por “la proximidad del poder chileno, la prepotencia del gobierno de Bulnes y, sobre todo, en su relación con el ministerio de Montt” (20). La suya es una reflexión que obedece a una visión estratégica de Occidente y cuya defensa, en una guerra cultural y política a muerte, posee diversas articulaciones textuales e ideológicas. Elizabeth Garrels cree que esa visión de Sarmiento remitía a una reflexión en desarrollo (101). Sus años en Chile, los del ostracismo largo, como los llamó Ricardo Rojas, contribuyeron a esa reflexión y fueron, a la vez, parte de los debates locales en cuyo contexto, según Julio R. Barcos, Sarmiento habría madurado (29). Al criticar a Lastarria, Sarmiento no sólo anula al mestizo negando toda vinculación política o cultural con la población indígena. También articula su defensa del occidentalismo a la instalación de un tiempo que inscribe, dicho en términos de Walter Mignolo, una historia local en un diseño global (69). Esta visión, siguiendo a Iván Jaksic, llevó a Sarmiento a apoyar una política liberal ligada a la defensa de un orden cuya transformación obedecía a una estrategia de

cambios graduales (34). Esos cambios apuntaban a la consolidación de un proyecto colonial y occidental que el colonialismo ibérico, por sus propias limitaciones, había sido incapaz de terminar.

Sarmiento abogó por una memoria histórica que asegurase la complicidad política necesaria para consolidar un proyecto nacional. Así y aún cuando la imaginación épica de Alonso de Ercilla les hubiera reconocido honor, Colocolo, Lautaro y Caupolicán no eran para Sarmiento sino “unos indios asquerosos a quienes habríamos hecho colgar y mandaríamos a colgar ahora si reapareciesen en una guerra de los araucanos contra Chile que nada tiene que ver con esa canalla” (II: 220). Hurgar en la colonia para trazar a partir de la resistencia al colonialismo ibérico un orden nacional, como lo postulaba Lastarria, o reducir éste a la continuidad del proyecto hispano, como sugería Bello, era inútil. Tras la conquista, dijo Sarmiento, “[l]as colonias españolas (...) eran ni más ni menos en sus derechos verdaderas provincias españolas, sobre las que pesaban en el nuevo continente como en la península el mismo despotismo y la misma arbitrariedad” (II: 220). En consecuencia, las críticas al colonialismo hispano debían hacerse desde un occidente en el que Hispanoamérica se reconocía y desde el cual cabía criticar la España que “se reproducía en América” (II: 222). Bajo estos parámetros, Sarmiento se acercó a Lastarria al contrastar a España con una Inglaterra que, “cuando ha establecido en su seno un sistema vivo de gobierno, de industria y de ideas, arroja colonias, y de ellas nacen naciones poderosas” (II: 221). Por el contrario, “España, cuando ha logrado sofocar todo progreso, todo movimiento civilizador; cuando cree haber asegurado a la feudalidad y a la ignorancia de la edad media una existencia duradera, arroja también colonias” (II: 221). Las conclusiones que sacaba de ese contraste no eran tan diferentes a las de Lastarria. Los resultados de esas dos trayectorias coloniales eran, graficó Sarmiento, “[l]a vida en el norte, la muerte en el sur, en el norte se habla inglés, en el sur se habla español” (II: 221). Ser del norte, estar vivo y hablar inglés se oponía al estar muerto, hablar español y ser del sur. Es una matriz mayor la que opera en ese discurso de Sarmiento. Tal como en el análisis hecho por François-Xavier Guerra, la independencia era parte de un esfuerzo por desmontar los regímenes despóticos al interior de Occidente, asegurando su primacía y replanteando o francamente diluyendo la cuestión colonial (28-9). Para Sarmiento, el problema no era la violenta entrada americana a Occidente sino que, más bien, el régimen político, la lengua y la cultura con la que se había ingresado.

A pesar de sus diferencias, tal como sostiene Graciela Montaldo, Sarmiento y Lastarria convergían sobre un compartido relato de progreso (10). Sarmiento rechazaba cualquier tentativa por penetrar racionalmente la empresa colonial española o ligar la resistencia a ella al diseño nacional. Lastarria, por otra parte, veía en

la colonia el pasado del “pueblo” capaz de dismantlar el despotismo hispano. Los dos rechazaban a España, admiraban el colonialismo inglés y ligaban un proyecto nacional al dismantlaje de la herencia hispana. De hecho, Sarmiento llamó a “estudiar en la colonización española los males que deliberadamente ha causado; pues que esos males ni ella los comprendía, y refluían menos directamente sobre ella misma y su riqueza” (II: 221). Suponerle a España una mala intención, dijo, “sería lo mismo que si el joven negro culpase a su madre, negra también, del infame y siniestro designio que había concebido y consumado de parirlo negro” (II: 222). La hermenéutica histórica de Sarmiento hallaba en la naturaleza el determinismo racial de su defensa de Occidente. Narrar la historia nacional, para plantearlo a partir de Dipesh Chakrabarty, era reiterar que Europa era el único, trascendente y excluyente sujeto histórico universal (27). Si bien Bello comparte este criterio, se encargará de reiterar una y otra vez que España no sólo era parte integral y constitutiva del Occidente europeo sino que por ella había pasado la hebra latina de una travesía que se perdía en la remota aurora griega donde América debía reconocerse.

Como Lastarria y Sarmiento, Bello vio en la historia “una ciencia de que podemos sacar saludables lecciones para que se dirija por ellas la marcha de los gobiernos y de los pueblos” (1965: 111). Desde allí, criticó el precario sostén documental de la *Memoria* de Lastarria (Silva Castro 141). En su discurso de instalación de la Universidad de Chile, un año antes, Bello había abogado por una historiografía que no suplantara “el conocimiento de los hechos de la historia” con lo que creía “deducciones y fórmulas” (1970: 39). En su crítica a Lastarria, volvió a precisar los alcances de esa propuesta sin dejar de saludar la decisión de estudiar “las armas y las leyes españolas en Chile” y, sobre todo, de explorar los rencores que “ahora dormitan bajo las apariencias de una paz que es en realidad una tregua” (1965: 116). La aproximación al pasado no era sino un esfuerzo por definir las tendencias y conflictos bajo negociación de cara al futuro. La “tregua” que, entonces, había legado el régimen portaliano permitía debates que ayudaban a crear el consenso, la arquitectura política y el archivo de una memoria nacional compatible con los desafíos que el Estado debía asumir tras su consolidación. Allí, el archivo de Bello puede explicarse con los rasgos que le atribuyera Roberto González Echevarría: soporte y mediación de la narrativa histórica, comunidad de especialistas y desafío abierto (22). Lastarria, por el contrario y para adaptar la reflexión de Antony Higgins en relación con el México colonial, opta por un archivo funcional al diseño de una subjetividad criolla en función de diferenciarse del colonialismo hispano (4-5). La relación de esos archivos con la historia pasa por el despliegue de una voluntad política encaminada a imaginarse tal.

En otra coincidencia con Lastarria, Bello reconoce que el olvido no es posible y que la superación de la colonia tampoco descansa en su ocultamiento. Creía que el dolor en la historia no debía obviarse, como sugería Sarmiento, y que era un imperativo político y moral historiar la crueldad de los españoles. Era, dijo Bello, “un deber de la historia contar los sucesos como fueron, y no debemos paliarlos, porque no parezcan honrosos a la memoria de los fundadores de Chile” (1965: 116). Estaba convencido de que “[l]os españoles abusaron de su poder, oprimieron, ultrajaron la humanidad”, haciendo lo mismo que otros estados y gobiernos, “aun en nuestros días de moralidad y civilización” (1965: 117). Sin embargo, Bello se replegaba a un humanismo incrustado en el derecho natural, en leyes inalterables que también esgrimía Sarmiento, precisando que “[n]o acusamos a ninguna nación, sino a la naturaleza del hombre” (1965: 119). La racionalización de la historia no podía sino naturalizar excesos propios de la humanidad, sus códigos y leyes históricas. Más allá de la voluntad en juego al destruir grupos indígenas, como acusa Lastarria y entiende Sarmiento, era una ley irreversible de la historia la que producía la extinción de esas comunidades y culturas: “[l]as razas indígenas desaparecen, y se perderán a la larga en las colonias de los pueblos transatlánticos” (1965: 123). La crueldad de los españoles no hacía sino responder y acelerar una dinámica irreversible, tal como aquella a la que había llamado Sarmiento. El exterminio indígena era un libreto legible en el código de la historia.

A partir de estas presunciones, Bello afirmó, entonces, que el único vestigio indígena en el futuro serán “unas pocas palabras naturalizadas en los idiomas advenedizos, y monumentos esparcidos a que los viajeros curiosos preguntarán en vano el nombre y las señas de la civilización que les dio el ser” (1965: 123). La reflexión suponía la imposibilidad de que el Estado nacional tuviera o debiera impedir una situación cuyo desarrollo hacía posible su propia irrupción. A la historiografía sólo le cabía documentar esos fenómenos. Bello era parte del régimen portaliano, dice Norman Sacks, y compartió con aquél una noción de orden ligada a la tradición sin que por eso sea posible, corrige Rojo, reducirlo a esa tradición ni ignorar que su visión la superaba (Sacks 1997: 192; Rojo 155). Es comprensible la preocupación de Bello por afinar las complicidades políticas y las tramas historiográficas para desplegar un consenso que pudiera superar el régimen portaliano. Sin embargo y con la misma decisión, había que proteger la “tregua” social heredada en función de no perder el rumbo del proyecto nacional delineado por lo que Jocelyn-Holt llamara, no hace mucho, el liberalismo moderado (1998: 445). Ana María Stuyen señala que “[m]ientras se percibió esta seguridad, la polémica no solamente fue posible, sino necesaria para configurar el porvenir incierto y discutir sobre el universo de verdades alternativas que introducía

la complejidad moderna" (103-104). Fue esa tregua y no la agudización de los conflictos con el mundo indígena la que amparó la reflexión acerca de su inevitable extinción o el camino necesario para un consensuado exterminio.

Sobre esa compleja relación entre estabilidad e incertidumbres se debatía en ese cruce de líneas de 1844 la arquitectura cultural, política, institucional e ideológica del Estado. La Universidad era parte de ese empeño no sólo por su dependencia directa del Ejecutivo sino que, también, por el consenso pedagógico que venía a reforzar su función docente (Serrano 82). Bello, rector de esa Universidad, subrayó el legado colonial sin dejar de defender el derecho y la necesidad política de contar con una memoria histórica que documentase su trayectoria. En esta crítica, prevalece un Bello que, según Joseph Dager Alva, "aunque no legitima el pasado colonial, sí privilegia elementos de una tradición heredada que es conveniente mantener" (10). La defensa de esa tradición y del legado para imaginar el futuro de los Estados nacionales ordena su crítica a Lastarria y su reflexión histórica e historiográfica. Lastarria, Sarmiento y Bello rescatan diversos aspectos de la experiencia colonial en torno a una fuerte crítica al colonialismo hispano. En Bello, el equilibrio entre tradición y cambio que rige su escritura le permitió coincidir con Sarmiento en que la colonia fue la entrada del Nuevo Mundo a Occidente. En los tres autores queda claro que colonialismo y occidentalidad no eran disociables en la experiencia latinoamericana. Bello, a la vez, enfatizó el mismo e inexorable odio entre razas de Sarmiento y cuestionó la genealogía cultural y étnica del protagonismo histórico del pueblo en Lastarria. La hebra que buscaba conducía a España y desde allí al mundo clásico. Graficó su posición con el presunto blindaje hispano al influjo árabe que no sólo sellaba el estatuto occidental de España sino que dejaba claro que un encuentro étnico o racial no necesariamente arribaba a una solución integradora.

La solidez occidental de España quedaba en evidencia en su capacidad de resistencia frente al mundo árabe: "nada arábigo pudo echar raíz en España", afirmó Bello, ya que "[l]a cultura arábigo fue siempre una planta exótica en medio del triple compuesto ibero-romano-gótico" (1965: 123). Tal como en Sarmiento, se trata de una matriz mayor de lectura la que opera en este debate. Tras ocho siglos, insistió Bello, "el estrecho de Hércules fue otra vez surcado por la vencida y proscrita civilización del Islam, destinada en todas partes a dejar por fin el campo a las armas de Occidente y a la cruz" (1965: 123). La misión histórica de Occidente y su proyección universal no merecían cuestionamiento alguno y respondían a un relato de alcance universal. En tal sentido, la crítica de Bello a Lastarria supera el cuestionamiento metodológico y da paso a una defensa de Occidente que, tal como en Sarmiento, rechaza los obstáculos a su despliegue. La irrestricta defensa del protago-

nismo universal de Occidente llevaría, por ley histórica, a la sumisión, aniquilación, expulsión o extinción de quienes impidan o intenten siquiera bloquear o distorsionar su consolidación. El protagonismo híbrido y subalterno que Lastarria reclamaba para el relato nacional no sólo era imposible para Bello sino que, como en Sarmiento, absolutamente inaceptable. La independencia, por lo tanto, no podía ser caracterizada como la victoria de una voluntad de emancipación ligada a la resistencia indígena al colonialismo hispano. De hecho, la lucha independentista no enfrentó “dos ideas, dos tipos de civilización”, sostuvo Bello, sino que “dos aspiraciones al imperio, dos atletas que pelean con unas mismas armas y por una misma palma” (1965: 123). Ése, concluyó, “ha sido el carácter de la revolución hispanoamericana” (1965: 123). Para Bello, “[l]os capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven” (1965: 124-5). Bajo esta perspectiva, la mirada a la colonia planteada por Lastarria era, simplemente, inadmisibles.

Al romántico ocaso indígena sobre el cual Lastarria fundaba un *pueblo mestizo*, Bello opuso un neoclásico y no menos romántico choque de fuerzas occidentales abrazadas a una no menos compatible Modernidad. En Bello, el enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo al interior de la tradición ibérica remitía a una estrategia cultural e histórica de apropiación nacional de un Occidente cuya hebra la proveía el mundo latino (Kaempfer 478). Por lo tanto, la crítica de la experiencia colonial no podía confundirse con un rechazo al colonialismo sino que respondía a la defensa de un proyecto occidental cuyas correcciones trazaban los desafíos nacionales. La resistencia al legado español de unos no rompía el consenso con los otros (Sacks 1998: 506-507). Una dimensión similar asoma en Lastarria cuando da por extinta la población indígena y hace del mestizo su heredero, su negación, tal como ha observado este fenómeno Javier Sanjinés en la Bolivia del siglo XX (39). Esa “pesadilla de la violenta homogeneización, uniformización y represión de sociedades múltiples y diferenciales”, dice Alberto Moreiras, “desmiente la potencialidad liberadora de la identidad nacional concebida como el primer espacio de la literatura latinoamericana desde la Independencia” (42). En la disputa por ese primer espacio, que el texto de Moreiras más bien confunde, Bello no aceptó una figura híbrida como agente de la historia nacional. Los dos “atletas” cuyo choque la había fundado eran occidentales y el escenario de ese enfrentamiento había sido erigido sobre los escombros del mundo indígena. La historia era el lugar de esa disputa y la historiografía recogía sus antecedentes, archivando sus datos, documentando el proceso, dándole forma a un dispositivo pedagógico e institucional para guiar la acción de un Estado en construcción. A pesar de sus diferencias, estos relatos convergen sobre una inter-

pretación histórica que esboza un consenso sobre el genocidio indígena como fundamento y origen de la historia nacional. Este consenso disciplinario y epistémicamente significativo, para emplear la fórmula de Aviezer Tucker, se producía al amparo de la institución universitaria (511). De hecho, no sólo era un evento decisivo para la Universidad sino que la presentación hecha por Lastarria inaugura la memoria histórica e historiográfica a la que daría pie, entonces, la Universidad de Chile.

Independientemente de si haya sido por dinámica biológica y cultural, por ley histórica o simple peaje americano para lograr ingresar a Occidente, el exterminio indígena o su lenta extinción hacía posible imaginar, debatir el futuro. La continuidad del relato historiográfico sugería que la proyección del Estado nacional debía terminar de disolver los residuos de resistencia a Occidente. La propuesta bien puede leerse como una conspiración disciplinaria para consensuar, explicar y justificar una política de exterminio. Por lo demás, se trata de un debate que cruza el siglo XIX y que corre de manera paralela a las incursiones estatales sobre comunidades indígenas. En el contexto más general de esa experiencia post-colonial, la disputa de diversos liberalismos criollos arma el consenso histórico sobre un pasado digno del Estado nacional y a la medida de sus desafíos futuros. En este futuro, la consolidación de Occidente borra culturas, comunidades y sociedades, las expurga desde una vez y para siempre de su historia o, más bien, ésta sería su historia.

BIBLIOGRAFÍA:

- Anderson Imbert, Enrique. *Genio y figura de Sarmiento*. Buenos Aires: Eudeba, 1967.
- Barcos, Julio R. "Antecedentes para la presentación de este libro". *El civilizador. Síntesis del pensamiento vivo de Sarmiento*. Ed. Julio R. Barcos. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora, 1961: 9-41.
- Bello, Andrés. "Investigaciones sobre la influencia de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile". *Antología de Andrés Bello*. Ed. Raúl Silva Castro. Santiago de Chile: Zig-Zag, 1965: 109-129.
- . "Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile, el 17 de septiembre de 1843". *Antología de Andrés Bello*. Ed. Roque Esteban Scarpa. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1970: 29-41.
- Benjamin, Walter. *Illuminations*. New York: Schocken, 1969.
- Bradley, Benjamin. "Patterns of Frontier Genocide 1803-1910". *Journal of Genocide Research* 6.2 (2004): 167-92.
- Campos Harriet, Fernando. "Andrés Bello y la enseñanza de la historia". *Atenea* 443-444 (1982): 309-316.
- Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe*. Princeton: Princeton UP, 2000.
- Cornejo Polar, Antonio. *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: Centro de Estudios y Publicaciones, 1989.
- Dager Alva, Joseph. "Poner en claro los hechos es escribir la historia: la metodología de la investigación del pasado según Andrés Bello". *Revista Electrónica de Historia* 3 (2003): 1-28.

- Dube, Saurabh. "Introduction. Enchantments of Modernity". *The South Atlantic Quarterly* 101.4 (2002): 729-55.
- Fernández Bravo, Álvaro. "La frontera portátil: nación y temporalidad en Lastarria y Sarmiento". *Revista Iberoamericana*. 63.178-179 (1997): 141-47.
- Figueroa, Ana. "La escritura de la ciudad para el establecimiento de la nación, y la generación de mitos históricos en *El Movimiento Literario de 1842*: Bello, Lastarria, Sarmiento". *Estudios Filológicos* 37 (2002): 211-224.
- Fuchslocher Arancibia, Luz María. "Lastarria en la Universidad de Chile". *Estudios sobre José Victorino Lastarria*. Ed. Marino Pizarro. Santiago de Chile: Ediciones de la Universidad de Chile, 1998: 51-90.
- Garrels, Elizabeth. "Sobre indios, afroamericanos y los racismos de Sarmiento". *Revista Iberoamericana*. 63.178-179 (1997): 99-113.
- González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive*. Cambridge: Cambridge UP, 1990.
- Greene, Roland. "Colonial Becomes Postcolonial". *Modern Language Quarterly* 65.3 (2004): 423-41.
- Guerra, Xavier-François. *Modernidad e independencias*. México: FCE, 1993.
- Higgins, Antony. *Constructing the Criollo Archive*. West Lafayette: Purdue UP, 2000.
- Ianes, Raúl. *De Cortés a la huérfana enclaustrada*. New York: Peter Lang, 1999.
- Jaksi_, Iván. "Sarmiento and the Chilean Press, 1841-1851". *Sarmiento. Author of a Nation*. Eds. Tulio Halperin Donghi, Iván Jaksi_, Gwen Kirkpatrick, Francine Masiello. Berkeley: U of California P, 1994: 31-60.
- Janik, Dieter. "Ilustración y Romanticismo en la primera mitad del siglo XIX: ¿opciones contradictorias o complementarias?". *Ficciones y silencios fundacionales*. Ed. Friedhelm Schmidt-Welle. Madrid: Iberoamericana, 2003: 273-84.
- Jobet, Julio César. *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad*. Santiago de Chile: Editorial Cultura, 1942.
- Jocelyn Holt, Alfredo. "El desarrollo de una conciencia pública: Lastarria y Sarmiento". *Estudios Públicos* 17 (1985): 213-33.
- . "El liberalismo moderado chileno". *Estudios Públicos* 69 (1998): 439-85.
- Kaempfer, Álvaro. "América hipotética, post-occidental e inconclusa en *Alocución a la Poesía* (1823) de Andrés Bello". *Revista de Estudios Hispánicos* 38.3 (2004):
- Katra, William. *Domingo F. Sarmiento: Public Writer (Between 1839 and 1852)*. Tempe: Center for Latin American Studies, 1985.
- Laclau, Ernesto. *Emancipation(s)*. London: Verso, 1996.
- Lasarte Valcárcel, Javier. "El XIX estrecho: leer los proyectos fundacionales". *Ficciones y silencios fundacionales*. Ed. Friedhelm Schmidt-Welle. Madrid: Iberoamericana, 2003: 47-77.
- Lastarria, José Victorino. *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta del siglo, 1844.
- Lemkin, Raphael. *Axis Rule in Occupied Europe*. Washington: Carnegie Endowment for International Peace, 1944.
- Martí, José. "Nuestra América". *Ensayistas de nuestra América*. Tomo II. Ed. Susana Rotker. Buenos Aires: Losada, 1994: 156-66.
- Meléndez, Mariselle. "Miedo, raza y nación: Bello, Lastarria y la revisión del pasado colonial". *Revista Chilena de Literatura* 52 (1998): 17-29.
- Mendieta Betancourt, Alexander. "La nacionalización del pasado. Los orígenes de las historias patrias en América Latina". *Ficciones y silencios fundacionales*. Ed. Friedhelm Schmidt-Welle. Madrid: Iberoamericana, 2003: 81-99.
- Mignolo, Walter. "The Geopolitics of Knowledge and the Colonial Difference". *The South Atlantic Quarterly*. 101.1 (2002): 57-96.

- Montaldo, Graciela. "El cuerpo de la patria: espacio, naturaleza y cultura en Bello y Sarmiento". *Hispanérica* 23.68 (1994): 3-20.
- Moreiras, Alberto. *Tercer espacio: literatura y duelo en América Latina*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1999.
- O'Higgins, Bernardo. "Proclama a los araucanos (1818)". *Pensamiento político de la emancipación (1790-1825)*. Vol. II. Ed. José Luis Romero. Caracas: Ayacucho, 1977: 200-202.
- Orrego Luco, Augusto. "El movimiento literario de 1842". *Atenea* 100 (1933): 317-50.
- Palma, Martín. *Reseña histórico-filosófica del gobierno de D. Manuel Montt*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional, 1862.
- Palmer, Alison. "Colonial and Modern Genocide: Explanations and Categories". *Ethnic and Racial Studies* 21.1 (1998): 89-115.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México: FCE, 1989.
- Rojo, Grínor. "El pensamiento universitario de Bello: identidad hispanoamericana y sujeto moderno". *Ficciones y silencios fundacionales*. Ed. Friedhelm Schmidt-Welle. Madrid: Iberoamericana, 2003. 153-64.
- Romero, Luis Alberto. "Sarmiento, testigo y testimonio de la sociedad de Santiago". *Revista Iberoamericana* 54.143 (1998): 461-475.
- Sacks, Norman P. "Andrés Bello y José Victorino Lastarria: conflicto de generaciones y tensiones intelectuales". *Cuadernos Americanos* 62 (1997): 183-213.
- - -. "Lastarria y Sarmiento: el chileno y el argentino achilenado". *Revista Iberoamericana* 54.143 (1998): 491-512.
- Sanjinés, Javier. "Mestizaje Upside Down. Subaltern Knowledges and the Known". *Nepantla* 3.1 (2002): 39-60.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Obras completas*. Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1948-1956. 52 Vols.
- Serrano, Sol. *Universidad y nación*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1994.
- Silva Castro, Raúl. "Ensayo sobre José Victorino Lastarria". *El Modernismo y otros ensayos literarios*. Santiago de Chile: Nascimento, 1965. 133-207.
- Stuven V, Ana María. *La seducción de un orden*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000.
- Subercaseaux, Bernardo. "Filosofía de la historia, novela y sistema expresivo en Chile (1840-1850)". *Cuadernos Americanos* 225 (1979): 99-122.
- Tucker, Aviezer. "The Epistemic Significance of Consensus". *Inquiry* 46 (2003): 501-521.
- Verdeja, Ernesto. "On Genocide: Five Contributing Factors". *Contemporary Politics* 8.1 (2002): 37-54.
- Viñas, David. *De Sarmiento a Dios: viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1998.
- Yahni, Roberto. "Introducción". *Facundo* de Domingo Faustino Sarmiento. Ed. Roberto Yahni. Madrid: Cátedra, 1990: 9-32.